



damente que los únicos que disponen de la libertad de palabra son los que se la pueden permitir. Y naturalmente quienes pueden permitírsela usan esta libertad para confeccionar el tipo de producto, de pueblo y de opinión pública que mejor responde a sus fines, así como las informaciones que creen útiles para conseguirlos. Gran parte de los escritos de don Milani gira en torno a este tema.

Su escritura permite también escuchar el silencio ensordecedor de los profesionales de los medios y del sistema educativo sobre el impacto de este imperio

cultural sobre la sociedad en general y sobre las consecuencias de este impacto sobre la crisis mental, espiritual y ambiental que inflige al planeta. En Italia un millón trescientos mil entre profesores y personal administrativo lo ignoran todo sobre los vínculos entre la escuela, las industrias culturales, las multinacionales de la hiperproducción y los responsables de la nueva carrera de armamentos. ¿Qué enseñan, para qué educan? (...) A los interesados en don Milani me atrevo a decirles: tratad de pensar lo que sucede cuando,

mirando el presente, la voz de Milani deja de sonar (...)

La radicalidad de don Milani hay que verla contra todos los conservadurismos y contra aquello que no permite afrontar ni comprender estos problemas en su integridad ni su violencia típica del capitalismo global. El provincialismo del mundo intelectual italiano respecto a don Milani ha sido –y lo es todavía– desagradable”.

[El profesor ha incorporado este mismo epílogo como introducción de su reciente libro, titulado con ironía *L'obsoleto*. Don Milani dopo don Milani].

Nota a la edición italiana

Michele Ranchetti

(catedrático de Historia de la Iglesia Universidad de Florencia)

“Esto no es más que un testimonio personal. No un juicio crítico sobre el hermoso libro de don Corzo, ni mucho menos sobre la figura y la enseñanza de don Lorenzo Milani.

Le conocí antes incluso de que se hiciera cura y hablé mucho, entonces, con él –o mejor– le escuché, pero sobre otros asuntos, para él importantes en aquella época y, para mí, todavía hoy.

Volví a verle en su lecho de muerte, poco antes de su fin. Yo había sido golpeado por la policía por haber participado en una “reunión sediciosa” contra la guerra del Viet Nam y Lorenzo, sin lamentarse ni compadecerme, sólo me preguntó si había puesto una denuncia. Y me animó a hacerlo.

Así que conservo –yo diría que sobre todo– la idea que encarnaba para mí sobre la necesidad de la justicia. Una justicia en el lecho de muerte, donde lo habitual es pensar que vas a encontrar tolerancia y perdón por parte de quien



muere. Me pidió, entonces, que hiciera propaganda de su libro *Carta a una maestra*. También una denuncia.

Han pasado muchos años, y en estos años no he vuelto a pensar en su enseñanza, nunca he colaborado a su “renacimiento” alentado en cada aniversario, ni he promovido ni participado en las invitaciones de las mil Barbianas del mundo. He permanecido al margen de los homenajes, sobre todo porque me parecían extra-

ños y alejados del recuerdo que yo tenía de él y promovidos por esos chicos suyos, que también me resultaban extraños y diferentes, tan descarados y seguros de sí mismos, arrogantes y poseídos de una verdad que no reconocía en lo que decían y hacían.

Ciertamente Milani no era un corderito y sabía y quería ser desagradable. Pero, quisiera añadir: en nombre de Dios y de nadie más. No de un método pedagógico, muy y justamente discutible y, sobre todo, no transferible, por estar ligado a su figura de curamaestro en una situación, también ella irreproducibile, falta de otros y de lo otro. Es decir, sin más contexto que el provocado por él, con los pobres expertos llamados a referir malamente, como intimidados, algo de sus respectivas disciplinas, y sujetos al juicio severísimo y de extraordinario rigor intelectual de don Lorenzo. Tampoco en nombre de una experiencia religiosa, como la solemos pensar, en un difícil



RECENSIONES

De hace muchos años, cuando se publicó en España (1981), conocemos una única recensión de este libro en italiano, de **Bruno Bellerate** en la revista *Orientamenti pedagogici* 173 (1982) 936. Comenzaba así: “Decir que se trata del mejor trabajo aparecido hasta ahora sobre don Milani nos da una idea ...”; pero allí quedó todo.

Sin embargo, durante este tiempo la prensa italiana ha hecho mayor eco del libro y ya nos han llegado varias recensiones y alguna crónica de su presentación. El hecho de que se hayan publicado tanto en *Il Manifesto* como en *La Civiltà Cattolica* nos da una idea:

L'Eco di Bergamo 30.6.2008:

Giulio Brotti, “Il Vangelo degli ultimi. L. Milani nella Chiesa italiana”

Appunti sulle politiche sociali 4 (2008): “L’eredità pedagogica di L. Milani”

Il Manifesto 10.08.2008:

Alberto Ghidini, “L’attualità di don Milani oltre le facili letture. Gettando il proprio corpo nella lotta”

Avvenire 1.10.2008: **Sandro Lagomarsini**, “L’intenzione estetica di don Milani secondo J.L. Corzo”

Vita monastica 240 (2008):

Giordano Remondi, “Due recensioni dovute”

La Civiltà Cattolica 3804 (20. XII.2008) 621: **Piersandro Vanzan**, “J.L. Corzo...”

L'Eco di Bergamo 7.02.

2009: **Susanna Pesenti**, “Don Milani: basta biografie, studiano l’opera”. Id. 8.02.2009: “Le parole per pensare non servono solo a Barbiana”

Adista 19 (21.02.2009): **Luca**

Kocci, “Don L. Milani coscienza critica dell’Italia di oggi” y “La conflittualità creativa della scuola di Barbiana”

itinerario de la mente a Dios, por un largo proceso de conversión, porque, así me lo parecía, la conversión de Lorenzo –desde aquel resuelto joven que se quería hacer pintor hasta aquel moribundo, que imponía justicia y la inspiraba con su muerte ejemplar– fue un hecho absoluto, una llamada en voz altísima de parte de Dios y una obediencia igualmente absoluta de parte de un joven rico. Sin mediaciones.

Así que no consigo siquiera imaginarme una herencia religiosa de Lorenzo que, según la naturaleza de la vocación –en su acepción original de llamada– jamás ha discutido sobre religión o doctrina y no puede ser adscrito de ninguna manera a la renovación inspirada por la convocatoria del concilio Vaticano ni, mucho menos, a cualquier forma del disenso católico.

“El Papa hace su oficio y yo el mío”, así parece haber dicho a alguno de nosotros, tal vez a mí, aunque no recuerdo. Por lo demás, la idea del oficio, hasta del oficio del cura, estaba en él muy presente y, a menudo, como se recordará, hablaba de su “empresa” para decir la iglesia.

También a este propósito, diría que prevalecía en él la idea de una Iglesia que cumple bien su oficio y, si desbarra, no es por errores de teología sino por falta de justicia. Cuán lejos se halle todo ello de nuestros días, y también de los días de la Iglesia actual, es más que trágicamente evidente.

He oído hablar de intenciones sobre un proceso de beatificación de don Lorenzo. Sólo puedo augurarme, por si esto tuviera que suceder, que ello provoque, como primera consecuencia, la expulsión de muchos exponentes del clero, vivos y muertos, para hacerle sitio”. ■

Florenca 22 de noviembre de 2007
(El autor falleció el 3 de febrero de 2008 a los 83 años)

